



TEATRO

Oscar Requeijo

La resistible ascensión de Arturo Ui

de Bertold Brecht

Una de las dos direcciones fundamentales del teatro contemporáneo es la del realismo social, y uno de sus mejores exponentes es Brecht.

Este autor —fallecido en 1956— sostenía que "el teatro es un instrumento social. Su función principal, además de divertir, consiste en plantear los problemas de la humanidad actual y sus posibles soluciones. El teatro, como cualquiera otra actividad artística, tiene un compromiso con la historia, con la sociedad y con el hombre".

La historia de Arturo Ui es una historia conocida. Es el doloroso racconto de cómo una personalidad carismática pero sin grandes dotes trepa desde el llano hasta el poder. Es la historia de Adolf Hitler.

Con peculiar crueldad traza un paralelo imaginario entre la personalidad del hampón Arturo Ui, y la del gran tirano. Desmenuza en cada imagen la personalidad calculadora, astuta, fría, que ca-

racteriza al personaje. Sus flaquezas y sus triunfos, sus dudas y bajezas tienen la fuerza suficiente como para inquietar a un público, que en su mayoría estuvo lejos de esa realidad y tan sólo la conoce por referencias.

Este tema fue muy trillado. De ahí que acometer una tarea de esta magnitud no es simple si pretendemos mantenernos dentro de una línea veraz y despolitizada. Sólo un hombre que utiliza el escenario para exponer fielmente las pasiones y las contradicciones humanas, pudo realizar una obra tan nítida y de tanto contenido.

La trama cuenta la parábola de un matón que deseaba dominar el Trust de la Coliflor. Las diapositivas y las leyendas ubican al espectador en Alemania en la década del 30, aunque Arturo Ui sea un gangster de Chicago. El error de sus enemigos alienta a su espíritu cobarde para continuar su ascenso. Nada es puro en el interior de Ui. Parece un muñeco que deambula entre el

fraude, el cohecho y la traición asido al bastón de su cinismo. Es una notable característica de toda la obra el dinamismo en que se desarrolla, lo que es lógica consecuencia de la época que describe. Brecht va destilando astutamente su odio a los nazis, al mismo tiempo que nos deja una metáfora que nos obliga a reflexionar.

Más de una veintena de actores recorren la escena con algunos altibajos, pero de entre ellos Alfredo Iglesias ha hecho una notable composición del personaje principal, llegando cuando su verba se enardece a arrancar aplausos a telón abierto. El director Manuel Ledvabni reafirma todo lo bueno que expuso desde 1954 en que dirigió su primera obra. El epílogo es un llamado a la reflexión: "Aprendan a ver, no miren tontamente". Hasta ese momento nos encegució una lluvia de imágenes que resumía una cíclica historia. En síntesis, muy recomendable para quienes saben ver.